

PLAUTO

CÁSINA

Introducción, guía didáctica y traducción de

ROSARIO MORENO SOLDEVILA

© Rosario Moreno Soldevila

© Prósopon. Festivales de Teatro Grecolatino

I.S.B.N.: 84-688-4455-1

Depósito Legal: S-1.811-2003

Impreso en España

Edición no venal

Imprime: Kadmos

Maquetación: PDFsur S.C.A

INTRODUCCIÓN

1. Los orígenes griegos de la comedia *palliata*: la Comedia Nueva

La comedia *palliata*, el género teatral al que pertenecen las comedias de Plauto y Terencio, debe su nombre a una prenda de vestir de origen griego, el *pallium*. Frente a otros géneros como la comedia *togata*, que deriva su nombre del vestido romano por excelencia, la *toga*, la comedia *palliata* es de inspiración y ambientación helenizante. En efecto, en los siglos en los que floreció la *palliata* la influencia de la literatura griega en Italia fue arrolladora.

La **comedia *palliata*** nace al calor de la **Comedia Nueva** griega, cuyo máximo representante fue Menandro. En general, tradicionalmente se han distinguido tres períodos en la historia de la comedia en Grecia: la Comedia Antigua, cuyo autor más representativo fue Aristófanes, la Comedia Media, que podría considerarse de transición, y la Comedia Nueva. Hay muchas diferencias técnicas entre la Comedia Antigua y la Comedia Nueva, pero las fundamentales son la orientación y la temática: mientras que la ambientación de la primera era política y pública, el mundo de la Comedia Nueva se desenvuelve en torno a la vida privada y familiar de sus

personajes. Este paso de lo público a lo privado es paralelo a los cambios políticos que tuvieron lugar en la *polis* a lo largo del s. IV. La Comedia Nueva no surge, sin embargo, de la nada, sino que es fruto de la evolución de la Comedia Antigua, a la vez que comparte algunos rasgos de los últimos estadios de la tragedia clásica, de modo que algunas obras de Eurípides, sobre todo *Helena*, *Ión* e *Ifigenia en Táuride* podrían considerarse precursoras de la Comedia Nueva.

La Comedia Nueva se conserva sólo de forma fragmentaria: tenemos una única comedia completa, el *Díscolo* de **Menandro**. Conocemos a otros autores, como Dífilo y Filemón. La Comedia latina adaptó los temas y los recursos dramáticos de estos autores. Valga, como ejemplo, el argumento típico de la Comedia Nueva que podemos reconstruir: dos enamorados, separados por una serie de obstáculos que impiden su matrimonio. El principal de ellos suele ser el hecho de que la chica sea una esclava, pues sólo los ciudadanos libres tenían derecho al matrimonio. Esta situación se resuelve normalmente con el descubrimiento de que la joven, en verdad, es de origen libre, pero que fue abandonada en su infancia, en una escena de reconocimiento o anagnórisis. Como veremos, a grandes rasgos esto es lo que ocurre en *Cásina*. La comedia *palliata* toma también de la Comedia Nueva algunos personajes, así como el **final feliz**, casi siempre una boda. La Comedia Nueva es más **realista** que la Comedia Antigua, trata de personajes corrientes y de sus preocupaciones.

2. La comedia en Italia

La comedia autóctona en Italia era la *Fabula Atellana*, que tenía un alto componente de improvisación y en la que aparecían personajes tipo, como el viejo, el fanfarrón etc., de manera que podemos compararla con la *Commedia dell'arte* italiana. Además de la comedia *palliata*, de la que hablaremos a continuación, y de la comedia *togata* (de tema fundamentalmente romano y de corte histórico y cuyos máximos representantes fueron Titinio y Afranio), de la *Atellana*, que predominará sobre ambas, el otro subgénero cómico que merece mención fue el mimo. En él no se empleaban máscaras, ya que la expresión facial era muy importante para la actuación.

3. Plauto y la comedia *palliata*

Los dos máximos exponentes del género cómico en Roma son **Plauto** y **Terencio**. Ambos adaptaron obras de la Comedia Nueva, a las que añadieron elementos propios de la tradición teatral latina y, sin duda, buena parte de su genio creador. La comedia *palliata* tiene una serie de rasgos distintivos. El primer hecho que hay que tener en cuenta es que en la época de Plauto aún no existían teatros permanentes de piedra (Roma no tuvo uno hasta el año 55 a. C.): se construían en cambio **teatros de madera** para las representaciones, normalmente con motivo de celebraciones religiosas. El fenómeno es comparable a la construcción de “plazas de palos” que todavía se levantan en algunos pueblos de nuestra geografía para acoger espectáculos taurinos de diversa índole durante las fiestas locales. El decorado de las

comedias era, pues, muy simple: las **fachadas de dos o tres casas** por las que entran y salen los diversos personajes. La acción se desarrollaba, en efecto, siempre en la calle, lo cual daba una impresión ciertamente realista, si tenemos en cuenta que las representaciones eran al **aire libre**. Además, dado que las comedias tienen siempre un origen griego, se entiende que la escena representa **Ate-nas** u otro lugar de Grecia, si bien la **mezcla de elementos griegos y romanos** es notable, sobre todo en las comedias de Plauto.

Las comedias eran un espectáculo **popular**: no debemos imaginarnos a un público selecto contemplando en silencio una obra de arte. Al teatro acudían gentes de la más variada condición, incluidos libertos y esclavos, que querían, sobre todo, divertirse. En cuanto a los actores, hay que tener en cuenta que siempre en Roma la farándula tuvo muy mala reputación. Para las representaciones, los actores vestían una túnica corta y, a veces, un manto. Ya que un mismo actor podía representar varios papeles y que los papeles femeninos eran representados por hombres, las **máscaras** ayudaban a los espectadores a distinguir los distintos personajes y sus rasgos característicos. Éstas servían además para que la voz de los actores se proyectara con mayor facilidad.

En cuanto a los argumentos de las comedias, existe a menudo un conflicto generacional entre padres e hijos: en muchas comedias un joven (*adulescens*) sin dinero intenta conseguir en amor de una chica, normalmente una *meretrix*, a menudo dominada por un alcahuete (*leno*) o alcahueta (*lena*). La avaricia de estos últimos supone a menudo un obstáculo para el amor, de modo

que el joven tiene que ingeniárselas para sacarle el dinero a su padre y lo hace las más de las veces con la ayuda de un esclavo avisado (*callidus servus*). El padre suele oponerse a los amoríos del hijo, bien por su severidad, bien porque él mismo está enamorado de la misma persona, como ocurre en *Cásina* y en *El Mercader* de Plauto. En ese caso se trata del tipo reconocible del *senex amans* (el viejo enamorado). Al final de la obra, hijos, esclavos y mujeres vencen sobre el *pater familias*, en una clara subversión del orden social romano, que hace que podamos relacionar la comedia latina con fiestas como las Saturnales, festejos de naturaleza carnavalesca en las que durante un corto período de tiempo se invertía el orden social. En las comedias de Plauto encontramos a menudo argumentos de **confusión** y **enredo**, como en *Anfitrión*, donde Júpiter y Hermes adoptan la apariencia de Anfitrión y su esclavo Sosias; o en *Los dos Menecmos*, sobre dos hermanos gemelos que al final de la obra se reencuentran pero que durante la misma no sabían de su existencia.

Además del *senex*, el *adulescens*, el *leno*, la *lena*, el *servus callidus*, otros personajes típicos en las comedias son la esposa gruñona (como Cleóstrata en nuestra comedia), el parásito, el fanfarrón, el usurero o prestamista, y el cocinero. Este último suele ser objeto de escarnio y burla: en nuestra comedia aparece brevemente un cocinero, a quien Olimpión acusa de ladrón. Los personajes se repiten, pero ello no quiere decir que haya que hablar exclusivamente de tipos o estereotipos, pues queda siempre lugar para una caracterización más individualizada.

Un elemento fundamental de las comedias de Plauto es la variedad métrica. La métrica latina no se basaba en el acento y la rima, como la nuestra, sino en la cantidad vocálica. En las comedias pueden diferenciarse tres tipos de escenas: aquellas escritas en senarios yámbicos, más parecidos al lenguaje cotidiano; aquellas escritas en senarios trocaicos, usados para las escenas de tensión dramática y que se recitaban acompañados de un instrumento de viento, la *tibia*; y los pasajes de mayor intensidad dramática, los pasajes líricos, escritos en una gran variedad de metros y que también se acompañaban de la *tibia*.

Titus Maccius Plautus nació en Sársina (Umbría) hacia mediados o finales del siglo III a. C. Si bien la fecha de su nacimiento es incierta, la de su muerte la sabemos gracias a Cicerón: c. 184 a. C. De su vida tenemos pocas noticias, la mayoría rozando lo legendario: trabajó primero en el mundo del teatro y tras arruinarse se convirtió en molinero. Se le atribuyeron unas 130 comedias, de las que el gramático Varrón aceptó como verdaderas sólo 21, que son las que se nos han conservado.

Aunque comparten muchos rasgos fundamentales con las comedias de Plauto, las de Terencio podrían considerarse más “serias”, pues tienen un mayor componente moralizante y giran en torno a un **dilema ético**. Además, el sabor es mucho más helenizante y culto. En total son seis: *Andria*, *Heauton Timorumenos*, *Eunuchus*, *Phormio*, *Hecyra*, *Adelphoe*. El eunuco comparte con Cásina el recurso del disfraz: el joven enamorado Quéreas se disfraza de eunuco para tener más fácil acceso a su amada.

4. *Cásina*

Cásina es una de las últimas comedias que escribió Plauto. No en vano es una de sus obras más conseguidas. Puede fecharse en torno a 185 a. C. Un padre, Lisidamo, y su hijo están enamorados de la esclava Cásina y para estar más cerca de ella cada uno trata de casarla con uno de sus esclavos: el padre, con Olimpión, el encargado de su casa de campo, el hijo, con su escudero Calino. Para zafarse de la rivalidad del hijo el padre lo ha mandado al extranjero. Pero el dilema no puede resolverse mediante el diálogo, así que se ven obligados a rifársela y la suerte cae del lado de Olimpión, es decir, del padre en último término. Su esposa, que barrunta desde el principio que su marido está enamorado, vela por los intereses de su hijo ausente y no está dispuesta a permitir que la boda se celebre. Trama, pues, un plan: disfrazar a Calino de novia para frustrar los planes de su esposo. Así, Olimpión y Lisidamo obtienen su merecido cuando intentan mantener relaciones con la falsa Cásina en una de las partes más hilarantes de la obra. Plauto supera en esta comedia de madurez las convenciones del género: así, la pareja de jóvenes, Eutinico y Cásina, que da nombre a la obra, nunca aparece en escena. Además, suprime la escena de reconocimiento (anagnórisis) y la convencional escena final de la boda. Sólo en el epílogo el esclavo Calino adelanta que se va a descubrir que Cásina es de origen libre y que la boda con el hijo puede celebrarse. La escena final es una de burla y de reconciliación en la que los propios personajes son conscientes de que están representando una ficción.

Especial atención merece el lenguaje de Plauto, que juega un papel esencial en esta comedia. Por ejemplo, el viejo Lisidamo trata de adoptar un registro petulante, ingenioso y retórico que pone aún más de manifiesto lo ridículo de su comportamiento. Las escenas en que los dos esclavos se enfrentan están cargadas de insultos y picardía, así como de juegos de palabras (a veces difíciles de traducir). Las palabras de Pardalisca cuando relata al viejo que Cásina amenaza a todos dentro de la casa con una espada imitan el estilo pomposo de la tragedia: Plauto está parodiando la típica escena trágica en la que un mensajero relata un hecho, casi siempre truculento, que ha tenido lugar fuera de escena. El lenguaje en la comedia, en general, es menos solemne que el de la tragedia y trata de acercarse al lenguaje coloquial y de la vida cotidiana. Pero no nos engañemos: las comedias son elaboradas piezas literarias, escritas en verso. Se trata de una imitación poética del lenguaje familiar, en sus distintas variantes. Son muy frecuentes las interjecciones (*edepol*, *hercle*, *mehercle*, *mecastor*), las exclamaciones, las repeticiones y pleonasmos, anacolutos, vocativos, superlativos, diminutivos, neologismos, etc.

PLAUTO

CÁSINA

DRAMATIS PERSONAE

OLIMPION (EL MAYORAL)

CALINO (EL ESCUDERO)

CLEÓSTRATA (LA MUJER)

PARDALISCA (ESCLAVA)

MÍRRINA (LA VECINA)

LISIDAMO (EL VIEJO)

ALCÉSIMO (EL VECINO)

CITRIÓN (EL COCINERO)

PRÓLOGO

Bienvenidos, excelentes espectadores, que tenéis la máxima consideración por la Fidelidad, y ella por vosotros. Si estoy en lo cierto, hacedme una señal clara de modo que sepa yo desde el principio que me sois propicios¹. Considero yo sabios a quienes beben vino viejo y a quienes contemplan con gusto viejas comedias. Puesto que os gustan las obras y palabras antiguas, es lógico que os gusten las comedias antiguas más que otras. Pues ahora las comedias nuevas que salen valen mucho menos que un duro de los nuevos. Nosotros, tras enterarnos por las habladurías del pueblo de que sois admiradores fervientes de las comedias de Plauto, representamos ahora una comedia antigua suya, a la que vosotros disteis vuestra aprobación -los entrados en años, porque los que son más jóvenes, creo, no la conocen. Pero nos esforzaremos para que la conozcan. Cuando se representó por primera vez, venció ésta sobre las demás comedias. En aquella época vivía la flor y nata de los poetas, que ya marcharon de aquí adonde hemos de ir todos. Pero aunque no están presentes, nos son tan de provecho como si lo estuvieran. A todos vosotros os ruego encareci-

¹ Esta pidiendo el aplauso de los espectadores.

damente que prestéis oído benévolo a nuestra compañía. Echad de vuestro pecho las preocupaciones y el dinero ajeno, que nadie tema a su acreedor: estamos de fiesta, también están de vacaciones, pues, los banqueros. Todo está tranquilo, se celebran los días del alción² en torno al foro: ellos saben bien sus cuentas y durante las fiestas no piden dinero a nadie, pero a nadie lo devuelven tampoco cuando pasan las fiestas. Si están libres vuestros oídos, prestad atención: quiero deciros el título de la comedia. *Clerumenoi* se llama esta comedia en griego, el latín, *Sor-tientes*³. Dífilo⁴ la escribió en griego y luego Plauto, el del nombre de perro⁵, en latín. (*Señala la casa de Lisidamo*) Aquí vive un viejo que está casado; tiene un hijo que vive con él en esta misma casa. También tiene un esclavo que yace convaleciente, o mejor dicho, por Hércules, yace en la cama, para no mentiros. Este esclavo -pero de esto hace ya dieciséis años- vio cómo al caer de la tarde abandonaban a una niña. Se dirigió al punto a la mujer que la estaba abandonando y le pide que se la dé: la convence y se la lleva. La llevó derecho a su casa, se la da a su señora y le pide que cuide de ella, que la críe. Así lo hizo su señora y la crió con mucho esmero, como si fuese hija suya. Ahora que está en

² Se creía que este ave depositaba sus huevos en alta mar durante los siete días antes y después del solsticio de invierno (14-28 de diciembre). Curiosamente, la fiesta de las Saturnales se celebraba el 19 de diciembre.

³ Literalmente: “los que echan a suertes”.

⁴ Este famoso dramaturgo griego escribió unas cien comedias: se conservan sólo los títulos de unas sesenta.

⁵ *Plautus* parece que podía aplicarse a un perro con las orejas caídas.

edad de merecer, este viejo se ha enamorado perdidamente y, lo que es más, rivaliza con el hijo. Ahora ambos preparan sus legiones, el uno contra el otro, el padre contra el hijo, clandestinamente. El padre ha ordenado a su mayoral que tome a la chica por esposa: espera así, si se le da, tener fácil acceso a ella fuera de la casa a escondidas de su mujer; el hijo ha ordenado a su escudero que la tome como esposa: sabe que si lo consigue tendrá lo que desea dentro de su cobertizo. La esposa del viejo se ha dado cuenta de que su marido anda enamorado; por eso se ha puesto de parte del hijo. El padre, cuando se dio cuenta de que su hijo amaba a la misma que él y que iba a suponerle un obstáculo, lo ha mandado al extranjero, aunque sabe que la madre vela los intereses de él, por más que esté ausente. El hijo -no lo esperéis- no regresará hoy a la ciudad en esta comedia. Plauto no quiso. Cortó el puente que está en su camino. Creo que algunos aquí andarán murmurando: “¡Por Hércules! ¿Qué es eso, por favor? ¿Bodas entre esclavos? ¿Esclavos casándose y proponiendo matrimonio? Nos han traído una costumbre nueva que no pasa en ningún sitio”. Pero yo tengo por cierto que así ocurre en Grecia y en Cartago, y aquí en nuestro país, en Apulia⁶: allí se preocupan más por las bodas entre esclavos que entre personas libres. Si no es así, me apuesto una jarra de vino con miel, con tal de que el árbitro sea Púnico, Griego o Apulio⁷. ¿Qué pasa? ¿Nadie se mueve? Ya veo: nadie tiene sed. Volveré a la niña aban-

⁶ Región del Sureste de Italia.

⁷ Mentirosos por antonomasia.

donada que los esclavos, con todas sus fuerzas, pretenden como esposa. Se descubrirá que es casta y de origen libre, hija de un ciudadano Ateniense, y no hará nada indecente, al menos en esta comedia. Pero luego, cuando concluya la comedia, ¡por Hércules!, si alguien le ofrece dinero, como barrunto, sí que se casará, sin esperar los augurios. Eso es todo. Salud, que os vaya bien, prosperad y venced, con valor verdadero, como habéis hecho hasta ahora.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

OLIMPIÓN.- ¿Es que no puedo hablar y pensar yo solo en mis cosas, sin que estés delante? ¿Por qué me sigues, demonios?

CALINO.- Porque me he propuesto seguirte siempre como una sombra adonde quiera que vayas; incluso si quieres ir a crucificarte⁸, se me ha ordenado seguirte. Así que ponte a pensar en el resto, en si vas a poder o no con tus intrigas adelantarte y tomar como esposa a Cásina a escondidas, como pretendes.

OLIMPIÓN.- ¿Qué tienes que ver tú conmigo?

CALINO.- ¿Que qué, dices, caradura? ¿Por qué te arrastras por la ciudad, mayoral de poca monta?

OLIMPIÓN.- Porque me da la gana.

CALINO.- ¿Por qué no estás en el campo, tu territorio? ¿Por qué no te preocupas de las obligaciones que se te han encomendado y dejas los asuntos de la ciudad? Has

⁸ La crucifixión era un castigo propio de esclavos.

venido a quitarme la esposa: vete al campo, vete a freír espárragos a tu provincia.

OLIMPIÓN.- Calino, no me he olvidado de mis obligaciones: he dejado en el campo a alguien al cargo. Yo, si consigo lo que he venido a hacer en la ciudad, casarme con ésta a la que tanto amas, la hermosa y tiernecita Cásina, que sirve contigo en esta casa, cuando me la lleve conmigo al campo como esposa, no me moveré ya mi campo, de mi “territorio”.

CALINO.- ¿Que te vas casar con ella? ¡Por Hércules que me ahorco antes de que te apoderes de ella!

OLIMPIÓN.- Ese botín es mío. Así que ponte ya la soga al cuello.

CALINO.- Tú, desecho de estercolero, ¿ese botín va a ser tuyo?

OLIMPIÓN.- Sabes que es así.

CALINO.- Vete al infierno.

OLIMPIÓN.- Por mi vida que te voy a hacer desgraciado, de todas las formas que pueda, con mi boda.

CALINO.- ¿Qué me vas a hacer?

OLIMPIÓN.- ¿Que qué te voy a hacer? Lo primero, llevarás la antorcha de la novia; después, serás tan incompetente e inútil como siempre. Luego, cuando vengas a la finca, se te dará un ánfora y un camino, una fuente y una tinaja de bronce y ocho jarras: si no las tienes siempre llenas, te colmaré de azotes. Por cierto que te voy a dejar tan jorobado de acarrear agua, que podrán hacerse contigo arreos de mula⁹. Luego, a no ser que te comas un montón de arveja o la tierra, como una lombriz, cuando quieras probar bocado, vas a pasar más hambre en el campo que el hambre misma. Luego, cuando estés cansado y famélico, se procurará que de noche te acuestes como te mereces.

CALINO.- ¿Qué harás?

OLIMPIÓN.- Te ataré firmemente a la ventana, desde donde puedas escuchar cuando yo la bese, cuando ella me diga “alma mía, Olimpión mío, vida mía, miel de mis labios, mi gozo, déjame que te bese tus ojillos, delicia mía, déjate querer, mi día de fiesta, gorrión mío, pichón mío, conejito mío”; cuando ella me diga estas palabras, entonces tú, condenado, te retorcerás como un ratón entre dos paredes. No te molestes ahora en responderme. Me voy dentro: estoy cansado de hablar contigo.

⁹ Juego de palabras con el nombre de Calino, que significa en griego “riendas”.

CALINO.- Te sigo. Por Pólux que no has de hacer nada ahí sin que esté yo delante.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

CLEÓSTRATA.- (*A las esclavas dentro de su casa*)
Cerrad la despensa, dadme la llave. Voy a cruzar aquí al lado, a casa de mi vecina. Si mi marido quiere algo de mí, hacedme llamar.

PARDALISCA.- El viejo había ordenado que se le preparara el almuerzo.

CLEÓSTRATA.- ¡Chist! Calla y vete. Ni se lo preparo ni se va a cocinar hoy, cuando esa calamidad de hombre se enfrenta a mí y a su hijo para satisfacer sus deseos. Me vengaré de ese enamorado haciéndole pasar hambre, sed y penalidades, lo atormentaré con palabras hirientes, haré que lleve la vida que se merece ese pasto para el Aqueronte¹⁰, buscador de desgracias, antro de perdición. Voy ahora a casa de mi vecina a quejarme de mis desgracias. Pero, mira, ha crujió la puerta, y ella misma sale fuera. Por Pólux que he emprendido el camino en mal momento.

¹⁰ Uno de los ríos del infierno.

ESCENA SEGUNDA

MÍRRINA.- (*A las esclavas dentro de su casa*) Seguidme, siervas, aquí al lado. ¡Eh, tú! ¿Me está oyendo alguien? Si mi marido quiere algo estaré ahí. Es que cuando estoy sola en casa me entra un sopor tan grande que no puedo seguir con la labor. (*A una esclava*) ¿No te he ordenado traerme la rueca?

CLEÓSTRATA.- Salud, Mírrina.

MÍRRINA.- Salud, por Cástor. Pero, dime, ¿por qué estás tan triste?

CLEÓSTRATA.- Así están todas las mal casadas. Siempre sobran motivos en casa y fuera para estar apesadumbrada. Iba ahora mismo a verte.

MÍRRINA.- Y yo a ti. ¿Pero qué es lo que te tiene apesadumbrada? Pues si te va mal algo, yo también sufro lo mismo.

CLEÓSTRATA.- Creo, por Cástor, que a ninguna vecina quiero con más razón que a ti, ni hay ninguna que tenga más cualidades que yo quisiera para mí.

MÍRRINA.- Gracias, pero espero que me digas qué te pasa.

CLEÓSTRATA.- En mi casa se me trata con la punta del pie.

MÍRRINA.- ¡Eh! ¿Qué pasa? Dímelo, te lo ruego, pues todavía no entiendo muy bien las quejas tuyas.

CLEÓSTRATA.- Mi marido me trata con la punta del pie y no tengo oportunidad de ejercer mis derechos.

MÍRRINA.- Si me estás contando la verdad, resulta sorprendente, pues son los hombres quienes a duras penas consiguen ejercer sus derechos sobre las mujeres.

CLEÓSTRATA.- Resulta que desea, en contra de mi voluntad, casar con el mayoral a la esclavita que yo he criado con mi propio gasto, pero es él mismo quien está enamorado de ella.

MÍRRINA.- ¡Qué horror! Calla.

CLEÓSTRATA.- Aquí y ahora te lo puedo contar: hay confianza.

MÍRRINA.- Así es. ¿De dónde la has sacado? Una mujer honrada no debe tener una propiedad propia a espaldas de su marido; y la que lo tiene, no la ha recibido honestamente, pues o se la ha robado al marido, o la ha obtenido de forma deshonrosa. Yo soy de la opinión de que ha de ser de tu marido todo lo que es tuyo.

CLEÓSTRATA.- Todo lo que dices está en contra de tu amiga.

MÍRRINA.- ¡Anda, calla, tonta! No te opongas tú a él.
Déjalo que ame, déjalo que haga lo que quiera, mientras
que a ti no te falte nada en casa.

CLEÓSTRATA.- ¿Estás bien de la cabeza? Esto que dices
está totalmente en contra de tus propios intereses.

MÍRRINA.- Necia, sólo debes evitar una frase de boca de
tu marido.

CLEÓSTRATA.- ¿Cuál?

MÍRRINA.- “Mujer, vete de mi casa”.

CLEÓSTRATA.- ¡Chist! Calla.

MÍRRINA.- ¿Qué pasa?

CLEÓSTRATA.- Mira.

MÍRRINA.- ¿Quién es? ¿A quién ves?

CLEÓSTRATA.- Ahí viene mi marido. Ve dentro, corre,
date prisa por favor.

MÍRRINA.- Voy, voy.

CLEÓSTRATA.- En el momento en que tengamos un
hueco libre, hablaré contigo. Adiós.

MÍRRINA.- Adiós.

ESCENA TERCERA

LISIDAMO.- A todas las cosas y a las exquisiteces más exquisitas creo yo que aventaja el amor y no puedo pensar en cosa alguna que tenga más sal y más gracia. Me sorprende que los cocineros, que usan tantos condimentos, no usen el condimento que supera a todos. Pues donde hay amor como condimento la comida gusta a cualquiera. No puede haber nada sabroso ni suave si no tiene amor como ingrediente. De la hiel, que es amarga, hará miel, al hombre triste lo hará grácil y grato. Esta conclusión la saco yo por experiencia propia, no por la ajena, pues desde que amo a Cásina, estoy más resplandeciente, con mi elegancia aventajo a la elegancia misma. Tengo en danza a todos los perfumistas, dondequiera que hay un perfume agradable me perfumo para gustarle, y le gusto, según creo. Pero mi mujer me martiriza con su existencia. Ahí la veo de pie y con mala cara. Tengo que dirigirme a esta desgracia mía con buenas palabras. (A *Cleóstrata*) Esposa, amor mío. ¿Qué tal?

CLEÓSTRATA.- Fuera, quítame las manos de encima.

LISIDAMO.- ¡Venga! Juno mía, no debes poner tan mala cara a tu Júpiter. ¿Adónde vas?

CLEÓSTRATA.- ¡Suéltame!

LISIDAMO.- Quédate.

CLEÓSTRATA.- No me quedo.

LISIDAMO.- Pues te seguiré, por Pólux.

CLEÓSTRATA.- Por favor, ¿está este hombre en su sano juicio?

LISIDAMO.- En mi sano juicio porque te amo.

CLEÓSTRATA.- No me ames.

LISIDAMO.- No lo puedo remediar.

CLEÓSTRATA.- Me estás matando.

LISIDAMO.- (*Aparte*) ¡Ojalá estuvieras en lo cierto!

CLEÓSTRATA.- Eso es lo que tú quisieras.

LISIDAMO.- Mírame, cariño mío.

CLEÓSTRATA.- “¿Cariño mío?” Tanto como tú para mí.
¿De dónde salen estos perfumes, por favor?

LISIDAMO.- (*Aparte*) ¡Oh, estoy perdido! Me ha pillado con las manos en la masa, desdichado de mí. ¿A qué espero para limpiarme la cabeza con el manto? ¡Que el buen Mercurio¹¹ te pierda, perfumista que me diste esos ungüentos!

CLEÓSTRATA.- Mira que eres tarambana, mosquita canosa. Apenas puedo contenerme para no decirte lo que

¹¹ Mercurio era el dios de los comerciantes (¡y de los ladrones!).

mereces que te diga: ¿con la edad que tienes, te paseas por la calle apestando a perfume, zángano?

LISIDAMO.- He estado, por Pólux, acompañando a un amigo mientras compraba unos perfumes.

CLEÓSTRATA.- ¡Qué rápido inventas excusas! ¿Es que no tienes vergüenza ninguna?

LISIDAMO.- Toda la que tú quieras.

CLEÓSTRATA.- ¿En qué burdeles te has acostado?

LISIDAMO.- ¿Yo, en burdeles?

CLEÓSTRATA.- Yo sé más de lo que tú te crees.

LISIDAMO.- ¿Qué? ¿Qué es lo que sabes?

CLEÓSTRATA.- Que no hay un viejo más holgazán que tú. ¿De dónde vienes, tunante? ¿Dónde has estado? ¿Dónde te has revolcado? ¿Dónde has estado bebiendo? Estás borracho, mira qué arrugado está tu manto.

LISIDAMO.- Que los dioses me desgracien -(*aparte*) y a ti también- si hoy he vertido en mi boca una gota de vino.

CLEÓSTRATA.- No importa, haz lo que te plazca, bebe, come, échate a perder, derrocha el dinero.

LISIDAMO.- Basta, ya está bien, mujer, contente, gritas demasiado, deja un poco de cháchara para que puedas reñir conmigo mañana. Pero, cuéntame, ¿has cedido ya? ¿Vas a hacer lo que tu marido quiere que hagas en vez de llevarle la contraria?

CLEÓSTRATA.- ¿A qué te refieres?

LISIDAMO.- ¿Y aún me lo preguntas? A casar a la esclava Cásina con nuestro mayoral, un esclavo austero con el que nunca le faltará leña, agua caliente, comida, ropa, y con el que tendrá un lugar donde criar a los hijos que tenga, en vez de dársela a ese otro esclavo, ese escudero inútil y disoluto, que no tiene ahorrado ni un duro de plomo.

CLEÓSTRATA.- Me sorprende, por Cástor, que con la vejez te hayas olvidado de cuáles son tus menesteres.

LISIDAMO.- ¿A qué te refieres?

CLEÓSTRATA.- Si obraras bien y rectamente, dejarías que yo me ocupara de las esclavas, que son asunto mío.

LISIDAMO.- ¿Por qué, mala mujer, quieres casarla con un hombrecillo porta-escudos?

CLEÓSTRATA.- Pues porque tengo que velar por los intereses de mi único hijo.

LISIDAMO.- Pero aunque sea único, no es más hijo único él para mí que yo para él padre único: es más justo que él ceda en lo que yo quiero antes que yo ante él.

CLEÓSTRATA.- ¡Por Cástor, hombre, que tú quieres algo malo!

LISIDAMO.- (*Aparte*) Se lo está oliendo, seguro. (*A Cleóstrata*) ¿Yo?

CLEÓSTRATA.- Tú, sí, ¿qué andas farfullando? ¿Por qué te empeñas en esto con tantos deseos?

LISIDAMO.- Para que se case con un esclavo de bien, y no con un degenerado.

CLEÓSTRATA.- ¿Y si le pido yo y le ruego al mayoral que se la ceda al otro?

LISIDAMO.- ¿Y si yo consigo que el escudero se la ceda al otro? Creo que eso puedo lograrlo.

CLEÓSTRATA.- Me parece bien. ¿Quieres que llame de tu parte a Calino para que salga? Habla tú con él, que yo hablaré con el mayoral.

LISIDAMO.- De acuerdo.

CLEÓSTRATA.- Estará aquí en seguida. (*Se va hacia la puerta*). Ahora veremos quién tiene más labia.

LISIDAMO.- ¡Por Hércules! ¡Que los dioses la confundan, ahora que puedo hablar! A mí, desgraciado, me atormenta el amor; ella, por su parte, se me opone como adrede. Creo que mi mujer se huele lo que estoy tramando. Por eso favorece más al escudero aposta. (*Al ver a Calino que sale*) ¡Que todos los dioses y diosas lo confundan!

ESCENA CUARTA

CALINO.- Tu mujer me ha dicho que me llamabas.

LISIDAMO.- En efecto, te he mandado llamar.

CALINO.- Dime qué quieres.

LISIDAMO.- Primero quiero que dejes de fruncir el ceño cuando me hables. Es una tontería mostrarte cariacontecido ante quien tiene autoridad sobre ti. Ya hace tiempo que sé que eres un hombre honrado y austero.

CALINO.- Ya veo. ¿Por qué entonces, si así piensas de mí, no me manumites¹²?

LISIDAMO.- Eso es precisamente lo que quiero yo. Pero no sirve de nada que yo lo quiera si tú no ayudas con tus acciones.

¹² Manumitir es dar la libertad a un esclavo, que se convierte así en liberto.

CALINO.- Me encantaría saber qué es lo que quieres que haga.

LISIDAMO.- Presta atención, que te lo voy a decir. He prometido dar a Cásina por esposa a mi mayoral.

CALINO.- Pero tu esposa y tu hijo me lo prometieron a mí.

LISIDAMO.- Lo sé, pero ¿qué prefieres ahora: estar soltero y ser libre, o pasar tus días casado, pero esclavo, tú y tus hijos? Tú tienes la palabra: elige una de las dos propuestas.

CALINO.- Si fuera libre, viviría por mi cuenta y riesgo. Ahora vivo por los tuyos. Está claro que a Cásina no se la voy a ceder a ningún hombre.

LISIDAMO.- Ve dentro y dile a mi mujer que salga y tráete una urna con agua y unas varitas¹³.

CALINO.- Me parece bien.

LISIDAMO.- Por Pólux. Ya me conozco tus trucos: esa jabalina no me atravesará. Pues si no puedo conseguir nada por esta vía, al menos lo echaré a suertes. Así me vengaré de ti y de tus partidarios.

¹³ Para echarlo a suertes. El sorteo se realizaba, como veremos, sacando de una pequeña vasija llena de agua una varita. A cada uno de los participantes correspondía una varita con un número y ganaba aquél cuya varita era sacada en primer lugar.

CALINO.- Pero la suerte me tocará a mí.

LISIDAMO.- ¡Por Pólux, la suerte de perecer torturado! ¿No desapareces ya de mi vista?

CALINO.- Mal que te pese verme, seguiré con vida
(*Se va*).

LISIDAMO.- ¿No soy desgraciado? ¿No he tenido suficientes contratiempos? Tengo miedo de que mi esposa haya convencido a Olímpión para que no se case con Cásina. Si lo ha conseguido, ¡ay de mí, viejo desgraciado! Si no lo ha logrado, todavía tengo un atisbo de esperanza en el sorteo. Si el sorteo me falla, haré de mi espada un colchón y me tumbaré sobre ella. Pero menos mal que ahí viene Olímpión.

ESCENA QUINTA

OLIMPIÓN.- (*A Cleóstrata*) Por Pólux, ama, es más fácil que me metas en un horno ardiendo y me tuestes allí como un pan moreno que conseguir de mí lo que me pides.

LISIDAMO.- Estoy salvado, aún me queda esperanza al oír estas palabras.

OLIMPIÓN.- ¿Por qué me intimidas hablándome de la libertad, ama? Aunque tú y tu hijo no queráis, mal que os pese, puedo conseguir mi libertad por un as¹⁴.

LISIDAMO.- ¿Qué es eso? ¿Con quién riñes, Olimpión?

OLIMPIÓN.- Con la misma con la que riñes tú siempre.

LISIDAMO.- ¿Con mi esposa?

OLIMPIÓN.- ¿De qué esposa me hablas? Eres como un cazador: día y noche pasas la vida con un perro.

LISIDAMO.- ¿Qué hace? ¿Qué habla contigo?

OLIMPIÓN.- Me pide, me ruega que no me case con Cásina.

LISIDAMO.- ¿Y tú qué le has dicho?

OLIMPIÓN.- He dicho que no se lo concedería eso ni al mismo Júpiter aunque me lo pidiera.

LISIDAMO.- ¡Que los dioses te guarden!

OLIMPIÓN.- Ahora está totalmente furiosa, está hinchada de ira contra mí.

LISIDAMO.- ¡Por Pólux! ¡Ojalá reviente por la mitad!

¹⁴ Una moneda de poco valor.

OLIMPIÓN.- Creo que, por Pólux, ya ha reventado, si tú sirves para algo. Pero, por Pólux, me está saliendo muy caro tu enamoramiento: tu esposa está en mi contra, tu hijo está en mi contra, los demás esclavos están en mi contra.

LISIDAMO.- ¿Y a ti qué más te da? Con que sólo Júpiter te sea propicio, que te importen un bledo esos dioses de segunda.

OLIMPIÓN.- Eso son tonterías. Como si no supieras que los “Júpiteres” humanos se mueren de repente. Responde: si tú, Júpiter, te mueres y pasa tu reino a manos de los dioses de segunda, ¿quién me aliviará la espalda, la cabeza o las piernas?¹⁵

LISIDAMO.- Las cosas te irán mejor de lo que piensas si conseguimos que yo me acueste con Cásina.

OLIMPIÓN.- No creo que podamos conseguirlo, por Hércules, con tanta acritud se empeña tu mujer en que no me case con ella.

LISIDAMO.- Pero esto es lo que voy a hacer: echaré las varitas en la vasija y echaré a suertes entre tú y Calino. Creo que las cosas han llegado a un punto en que debemos luchar con las espadas frente a frente.

¹⁵ Olimpión imagina la venganza de su ama y de su joven amo en forma de castigo físico.

OLIMPIÓN.- ¿Y si la suerte viene en tu contra?

LISIDAMO.- No blasfemes. Confío en los dioses, en ellos tengo puesta mi esperanza.

OLIMPIÓN.- No daría un duro yo por eso que dices, pues todos los mortales confían en los dioses y, sin embargo, yo a muchos de los que confiaban en los dioses los he visto defraudados.

LISIDAMO.- ¡Chist! Cállate un poco.

OLIMPIÓN.- ¿Qué pasa?

LISIDAMO.- Aquí sale Calino con la vasija y las varitas. Ahora lucharemos cuerpo a cuerpo.

ESCENA SEXTA

CLEÓSTRATA.- Aclárame, Calino, lo que mi marido quiere de mí.

CALINO.- Quiere verte, por Pólux, fuera de la ciudad, ardiendo en la pira funeraria.

CLEÓSTRATA.- Por Cástor que creo que eso es lo que quiere.

CALINO.- Yo no lo creo, por Pólux, lo sé con seguridad.

LISIDAMO.- (*A Olimpión*) Tengo yo entre mis esclavos más peritos de lo que creía: éste es mi adivino particu-

lar. ¿Y si acercamos los estandartes y les salimos al paso? Sígueme. (A Calino y Cleóstrata) ¿Qué hacéis?

CALINO.- Aquí está todo lo que me ordenaste: tu esposa, las varitas, la vasijita y a mí mismo.

OLIMPIÓN.- Tú eres lo único que me sobra.

CALINO.- Por Pólux que ésta es la sensación que tienes: soy para ti una espina, te atravieso el corazón; estás sudando ya de miedo, bellaco.

LISIDAMO.- Calla, Calino.

CALINO.- Controla¹⁶ tú a ése.

OLIMPIÓN.- A mí no, a ése, al que le gusta que le den.

LISIDAMO.- Trae la vasija, dame las varitas. Prestad atención. Yo creí que podía conseguir de ti, esposa mía, que se me diera a Cásina como esposa, y ahora ya lo sé con certeza.

CLEÓSTRATA.- ¿Que se te diera a ti?

LISIDAMO.- ¡Ejem! “¿A mí?” No quise decir eso: en vez de “a mí” quise decir “a éste”, tantas ganas tengo. Por Hércules que he errado al hablar.

¹⁶ El verbo latino *comprime* tiene un doble sentido sexual, de ahí la respuesta de Olímpion.

CLEÓSTRATA.- Por Pólux, que también yerras en tus acciones.

LISIDAMO.- A éste -mejor dicho, por Hércules- a mí, ¡ah! Por fin, he llegado adonde quería llegar.

CLEÓSTRATA.- Por Pólux que yerras mucho.

LISIDAMO.- Así ocurre cuando buscas algo con mucho afán. Pero ambos, yo y éste, te suplicamos en virtud de tus derechos...

CLEÓSTRATA.- ¿Qué?

LISIDAMO.- Te lo voy a decir, bombón mío: con respecto a Cásina, hazle un favor a nuestro mayoral.

CLEÓSTRATA.- Por Pólux, que no lo haré: no lo tengo en mis mientes.

LISIDAMO.- Entonces decidirá la suerte.

CLEÓSTRATA.- ¿Quién lo impide?

LISIDAMO.- Creo que es lo mejor y lo más justo. Al final, si sale lo que queremos, nos alegraremos; si no, lo soportaremos con buen ánimo. Coge tu varita. Mira lo que hay escrito.

OLIMPIÓN.- El uno.

CALINO.- No es justo: a él se le ha dado antes que a mí.

LISIDAMO.- Cógela tú si quieres.

CALINO.- Vale. Espera, se me acaba de venir algo a la mente: (a *Cleóstrata*) mira no vaya a ser que haya otra varita bajo el agua.

LISIDAMO.- Bellaco, ¿te crees que yo soy tan tramposo como tú?

CLEÓSTRATA.- (A *Calino*) No hay ninguna. Sosiégate.

CALINO.- Que sea para bien y tenga suerte

OLIMPIÓN.- Te sobrevendrá, creo yo, algún mal enorme: ya conozco tu piedad. Pero espera. ¿Tu varita no será de chopo o de abeto?

CALINO.- ¿Y a ti qué te importa?

OLIMPIÓN.- Porque temo que flote encima del agua.

LISIDAMO.- Muy bien. Ten cuidado. (A *Calino* y *Olimpión*) Echad las varitas ya ambos. Venga, esposa imparcial.

OLIMPIÓN.- No te fíes de tu esposa.

LISIDAMO.- Tranquilízate.

OLIMPIÓN.- Es que creo que va a gafar la varita si la toca.

LISIDAMO.- Calla.

OLIMPIÓN.- Me callo. Ruego a los dioses...

CALINO.- ...que hoy sufras cadenas y la horca.

OLIMPIÓN.- ...que me toque a mí en suerte.

CALINO.- ...que te cuelguen por los pies.

OLIMPIÓN.- ...y a ti que te saquen los ojos de la cabeza por la nariz.

CALINO.- ¿De qué tienes miedo? Ya debería estar el lazo preparado para ti.

OLIMPIÓN.- Ya has muerto.

LISIDAMO.- Prestad atención los dos.

OLIMPIÓN.- Me callo.

LISIDAMO.- Ahora tú, Cleóstrata, para que no digas ni sospeches que actúo mal en este asunto, te dejo que tú saques la varita.

OLIMPIÓN.- Me pierdes (*a Lisidamo*).

CALINO.- Le sale rentable (*a Olimpión*).

CLEÓSTRATA.- (*A su esposo*) Haces bien.

CALINO.- Ruego a los dioses que tu varita haya huido de la vasija.

OLIMPIÓN.- ¿Y tú lo dices? Porque tú seas un fugitivo¹⁷, ¿deseas que todos te imiten? Yo espero que tu varita, como dicen que ocurrió a los descendientes de Hércules¹⁸, se disuelva en el momento del sorteo.

CALINO.- Tú sí que te vas a derretir, pues inmediatamente vas a sentir el calor de los palos.

LISIDAMO.- Venga, por favor, Olimpión.

OLIMPIÓN.- Si me deja el estigmatizado este¹⁹.

LISIDAMO.- Que sea para bien y tenga suerte.

CALINO.- Que no.

OLIMPIÓN.- Que sí, por Hércules.

CALINO.- Que la tenga yo, por Hércules.

CLEÓSTRATA.- Éste vencerá y tú sufrirás.

¹⁷ Se trata de un insulto propio de esclavos.

¹⁸ Según una versión del mito, de los descendientes de Hércules que se repartieron mediante sorteo las áreas del Peloponeso: Cresfontes se disputaba Mesenia con sus sobrinos, los hijos de Aristodemo. Su hermano preparó dos varitas de barro para el sorteo: la de sus sobrinos la dejó secar al sol y la de Cresfontes la coció, de manera que la de los sobrinos se disolvió en el agua y ganó Cresfontes.

¹⁹ El estigma es una marca hecha con fuego candente, bien como castigo, bien como señal de esclavitud. En latín puede haber un juego de palabras, pues se utiliza el término *litteratus*.

LISIDAMO.- Tápole la boca a ése en este momento. ¿Qué pasa? (A *Cleóstrata*) No te pongas en medio.

OLIMPIÓN.- ¿Le doy un puñetazo o un guantazo?

LISIDAMO.- Haz lo que quieras.

OLIMPIÓN.- ¡Toma ésta! (*golpeando a Calino*).

CLEÓSTRATA.- (A *Olimpión*) ¿Por qué le has pegado?

OLIMPIÓN.- Mi Júpiter me lo ha ordenado.

CLEÓSTRATA.- (A *Calino*) Pártele tú también en pago la mandíbula (*Calino golpea a Olimpión*).

LISIDAMO.- (A *Calino*) ¿Por qué le has pegado?

CALINO.- Mi Juno me lo ha ordenado.

LISIDAMO.- Hay que soportar que mi esposa exhiba su autoridad estando yo vivo.

CLEÓSTRATA.- Tanto derecho tiene a hablar el uno como el otro.

OLIMPIÓN.- ¿Por qué me está echando a perder mi conjuro?²⁰

²⁰ Olimpión se refiere a las veces en que Calino ha interrumpido sus palabras formulaicas para congraciarse con la Fortuna. Los romanos eran muy supersticiosos en esta cuestión.

LISIDAMO.- Calino, creo que debes prepararte para un gran mal.

CALINO.- A buenas horas, ahora que me han partido la boca.

LISIDAMO.- Venga, esposa, saca ya la varita. Vosotros, prestad atención. (*Aparte*) No sé dónde estoy de miedo que tengo, estoy muerto, creo que tengo el corazón lleno de bilis, tengo palpitaciones, me golpea el pecho de tanto sufrimiento.

CLEÓSTRATA.- Ya tengo la varita.

LISIDAMO.- Sácala fuera.

CALINO.- ¿Estás ya muerto?

OLIMPIÓN.- Enséñala (*expectante*). ¡Es la mía!

CALINO.- Una mala cruz es lo que es.

CLEÓSTRATA.- Has perdido, Calino.

LISIDAMO.- Me alegro, Olimpión, de que los dioses nos hayan ayudado.

OLIMPIÓN.- Ha sido gracias a mi devoción y a la de mis antepasados.

LISIDAMO.- Ve dentro, esposa, y prepara las bodas.

CLEÓSTRATA.- Haré como me mandas.

LISIDAMO.- ¿Es que no sabes que a éste le queda un largo camino hasta el campo después de la boda?

CLEÓSTRATA.- Lo sé.

LISIDAMO.- Ve dentro y, aunque te pese, ponte manos a la obra.

CLEÓSTRATA.- Voy.

LISIDAMO.- Vayamos también nosotros dentro, para darles prisa.

OLIMPIÓN.- ¿Acaso te demoro yo?

LISIDAMO.- Es que no quiero hablar más delante de éste. (*Entran todos menos Calino*).

ESCENA SÉPTIMA

CALINO.- Si me ahorcara ahora, habría echado mi esfuerzo a perder y, aparte de eso, tendría que comprar la soga y les daría una satisfacción a mis enemigos. ¿Y, además, qué falta me hace ahorcarme, cuando ya estoy muerto? Al fin y al cabo, me han vencido en el sorteo y Cásina se casará con el mayo-

ral. Y no llevo tan a mal que haya vencido el mayoral, como que el viejo haya intentado con tantas ganas que no se me diera a mí y que se casara con él. ¡Cómo temblaba, cómo se agitaba el desgraciado! ¡Qué saltos daba cuando venció el mayoral! ¡Uy! Me esconderé aquí: oigo que se abre la puerta. Salen mis amigos y benefactores. Desde este escondrijo les prepararé una emboscada.

ESCENA OCTAVA

OLIMPIÓN.- Deja que venga al campo: yo te devolveré a la ciudad con una horqueta, como un carbonero²¹.

LISIDAMO.- Le está bien merecido.

OLIMPIÓN.- Procuraré que así se haga.

LISIDAMO.- Si Calino hubiera estado en casa, me habría gustado enviarlo contigo de compras, para añadir más miseria al sufrimiento de nuestro enemigo.

CALINO.- (*Aparte*) Me retiraré hacia atrás, hacia la pared, como un cangrejo. Tengo que enterarme de lo

²¹ Se trata de un juego de palabras: *furca* es un instrumento de tortura, pero también una herramienta de labranza y para acarrear peso.

que hablan sin que me vean. Pues de los dos uno me atormenta, el otro me martiriza. Pero aquí se acerca vestido de blanco²² ese rufián, esa colección de palos. Aplazaré mi muerte. Está decidido: a éste lo enviaré por delante al Aqueronte²³.

OLIMPIÓN.- Mira qué provechoso te he resultado. Te he proporcionado lo que más deseabas. Hoy tendrás lo que amas, a escondidas de tu esposa.

LISIDAMO.- (*Mirando hacia la puerta*) Calla. Por los dioses, apenas puedo contener los labios y no cubrirte de besos por esto, cariño mío.

CALINO.- (*Aparte*) ¿Qué? “¿Cubrirte de besos?” “¿Cariño mío?” Creo que quiere atravesarle la vejiga al mayoral, por Hércules.

OLIMPIÓN.- Pero bueno, ¿es que ahora me quieres a mí?

LISIDAMO.- ¿Que si te quiero? Por Pólux, más que a mí mismo. ¿Puedo abrazarte?

CALINO.- (*Aparte*) ¿Qué? ¿Abrazarlo?

OLIMPIÓN.- Claro que puedes.

²² Vestido de novio.

²³ Al infierno. Véase nota 10.

LISIDAMO.- Al tocarte me parece que estoy saboreando miel.

OLIMPIÓN.- Fuera, aléjate de mi espalda, enamorado.

CALINO.- (*Aparte*) Por eso es por lo que lo hizo mayor: también a mí en otra ocasión, al venir a recibirlo, quería en el mismo umbral atravesarme por la puerta de atrás.

OLIMPIÓN.- ¡No dirás que no te he resultado hoy complaciente, que no he satisfecho tus deseos!

LISIDAMO.- Mientras viva te querré bien, más que a mí mismo.

CALINO.- (*Aparte*) Hoy, me parece, por Hércules, que estos dos van a enlazar sus pies. Me parece que a este viejo le gustan los que tienen barba.

LISIDAMO.- ¡Cómo te voy a besar hoy, Cásina, cómo voy a disfrutar, a espaldas de mi esposa!

CALINO.- (*Aparte*) ¡Vaya! ¡Por Pólux! Ahora caigo por fin en la cuenta. Éste está enamorado de Cásina. Los he pillado.

LISIDAMO.- Estoy deseando ya abrazarte, deseando besarte.

OLIMPIÓN.- Deja primero que vaya a casa de su esposo.
¿Qué prisa tienes, calamidad?

LISIDAMO.- Estoy enamorado.

OLIMPIÓN.- Pero no creo que esto pueda hacerse hoy.

LISIDAMO.- Claro que se puede, sobre todo si tienes en cuenta que mañana puedes ser manumitido.

CALINO.- (*Aparte*) Ahora tengo que poner más oídos. Con ingenio en un solo aprisco cazaré dos jabalís²⁴.

LISIDAMO.- Tengo un lugar preparado en casa de este vecino amigo mío. A él le confié mi historia de amor y él me dijo que me proporcionaría un lugar.

OLIMPIÓN.- ¿Y su esposa? ¿Dónde estará?

LISIDAMO.- Lo he arreglado con ingenio. Mi esposa la invitará a nuestra casa para la boda, para que la acompañe, la ayude y se quede a dormir. Yo se lo mandé y mi esposa dijo que así lo haría. Ella dormirá aquí y el marido hará que se vaya de su casa. Tú llevarás a tu mujer a la finca (*señalando la casa del vecino*) –la finca estará aquí al lado– mientras que yo consumo el matrimonio con Cásina. Después, antes del amanecer, te la llevarás mañana al campo. ¿No es ingenioso?

²⁴ Dicho latino semejante a nuestro “matar dos pájaros de un tiro”.

OLIMPIÓN.- Muy astuto.

CALINO.- (*Aparte*) ¡Seguid, maquinad! ¡Cuán ajenos vivís a vuestra desgracia!

LISIDAMO.- ¿Sabes lo que tienes que hacer ahora?

OLIMPIÓN.- Dímelo.

LISIDAMO.- Coge el monedero y compra provisiones, rápido, pero con mucho gusto, compra comidas exquisitas, tan exquisitas como ella.

OLIMPIÓN.- Muy bien.

LISIDAMO.- Compra unas sepias, lapas, chocos, almejas²⁵...

CALINO.- (*Aparte*) Arvejas, mejor.

LISIDAMO.- Suelas²⁶...

CALINO.- (*Aparte*) ¿Y por qué no unos zuecos para golpearte la boca, viejo verde?

OLIMPIÓN.- Lenguados...

²⁵ Se creía que tenían poderes afrodisíacos.

²⁶ Lenguados.

LISIDAMO.- ¿Para qué necesito lenguados, si tengo a mi mujer en casa? Ella es nuestro lenguado, pues no para de darle a la lengua.

OLIMPIÓN.- Cuando esté en el mercado veré qué pescado hay que pueda comprar.

LISIDAMO.- Muy bien, vete. No escatimes en gasto, compra en abundancia. Yo tengo que ir a casa de mi vecino, para que cumpla lo que le pedí.

OLIMPIÓN.- ¿Me voy ya?

LISIDAMO.- Sí.

CALINO.- (*Aparte*) No podrían convencerme, ni con tres promesas de libertad, para que no les prepare yo a éstos hoy una gran desgracia, y para que no le cuente yo a mi ama todo el asunto. He cogido a mis enemigos in fraganti. Si mi ama quiere ahora ejercer sus derechos, tenemos ganado el pleito. Voy a interponerme en el camino de esos dos. Hoy es nuestro gran día: ya vencemos los vencidos. Iré adentro, para que lo que otro cocinero preparó, lo condimente yo ahora a mi vez de otra manera, de modo que ya no esté el plato listo para quien lo estaba y esté listo para quien no lo estaba.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

LISIDAMO.- Ahora, Alcésimo, sabré yo si eres un amigo o un enemigo. Ésta es la prueba de fuego. Y lo de reprenderme por estar enamorado, ahórratelo, “con la cabeza cana, a esa edad...”, ahórratelo también; “un hombre casado...”, ahórratelo también.

ALCÉSIMO.- No he visto en mi vida a nadie más perdidamente enamorado que tú.

LISIDAMO.- Asegúrate de que tu casa esté vacía.

ALCÉSIMO.- Es más, es seguro que todos los esclavos y esclavas irán a la tuya.

LISIDAMO.- ¡Oh! ¡Qué hombre tan inteligentemente listo! Pero procura cumplir lo que hasta el mirlo canta en la famosa copla: “haz que vengan con comida y lo que haga falta, como si emprendieran una expedición a Suntrio”²⁷.

²⁷ Se hace alusión a una ocasión durante la guerra contra los Galos en la que Camilo reunió a los soldados en *Suntrium* y cada uno debía llevar sus provisiones. Lisidamo no quiere que los esclavos de Alcésimo coman y beban a expensas suyas.

ALCÉSIMO.- Me acordaré.

LISIDAMO.- ¡Mira! No hay nadie más listo que tú.
Quédate al cargo. Ahora iré al foro. Vuelvo enseguida.

ALCÉSIMO.- Ten un buen viaje.

LISIDAMO.- Haz que tu casa tenga lengua.

ALCÉSIMO.- ¿Y eso?

LISIDAMO.- Para que cuando yo venga, sólo se oiga el
eco²⁸.

ALCÉSIMO.- ¡Vaya! Te han de bajar esos humos: te
pasas de gracioso.

LISIDAMO.- ¿De qué me sirve estar enamorado si no
soy agudo e ingenioso? Pero tú procura que no tenga
que buscarte mucho.

ALCÉSIMO.- Estaré en mi casa todo el tiempo
(*Se van, Alcésimo a su casa y Lisidamo al foro*)

²⁸ En el original hay un juego de palabras muy difícil de traducir: *vocent*, referido a la casa, quiere decir tanto “que hable”, como “que esté vacía”.

ESCENA SEGUNDA

CLEÓSTRATA.- Por eso me pedía mi marido con tanta insistencia que me apresurara a hacer venir a mi vecina, para que su casa estuviera libre y poder llevarse allí a Cásina. Ahora no la voy a llamar bajo ningún concepto, para que no tengan un sitio libre esos dos bribones, viejos mentecatos. Pero aquí sale el “pilar del senado, el salvador del pueblo”, mi vecino, el que le proporciona el sitio libre a mi marido. Por Cástor que no vale ni lo que un modio de sal²⁹.

ALCÉSIMO.- Qué raro que no hayan mandado llamar a mi esposa a casa de los vecinos. Lleva esperando un buen rato en casa arreglada, por si la llaman. Pero aquí viene mi vecina, para llamarla, creo. Salud, Cleóstrata.

CLEÓSTRATA.- A ti también, Alcésimo. ¿Dónde está tu esposa?

ALCÉSIMO.- Te aguarda dentro, por si la llamas, pues tu marido me pidió que la mandara a ayudarte. ¿Quieres que la llame?

CLEÓSTRATA.- Déjala. No quiero, si está ocupada.

ALCÉSIMO.- No tiene nada que hacer.

²⁹ El modio es una medida de capacidad. La sal era proverbialmente barata.

CLEÓSTRATA.- No te molestes. No quiero importunarla. Luego vendré a verla.

ALCÉSIMO.- ¿No estáis arreglando unas bodas en tu casa?

CLEÓSTRATA.- Las estoy arreglando y preparando.

ALCÉSIMO.- ¿No hace falta, pues, una mujer que os ayude?

CLEÓSTRATA.- Hay suficiente ayuda en casa. Cuando pasen las bodas, iré a verla. Ahora adiós, y dale recuerdos (*Se dirige hacia la puerta*).

ALCÉSIMO.- ¿Qué voy a hacer ahora? Me he buscado una gran desgracia por ayudar a este cabrón indecente y desdentado, que me ha metido en este lío. Calamidad de hombre, que me dijo que su mujer iba a mandar llamar a la mía. Y ahora dice que no quiere entretenerla. Me extraña que no le resulte esto sospechoso ya a mi vecina. Pero, mirándolo por otro lado, si tuviera alguna sospecha, algo me habría dicho. Me voy adentro, para volver a meter el barco en el atracadero³⁰ (*Se va*).

³⁰ Se refiere, probablemente, a su esposa.

CLEÓSTRATA.- Ya me he reído bien de éste. ¡Cómo se afanan los viejos desgraciados! Me encantaría que viniera ahora el vejestorio de mi marido para reírme también de él, después de que me he burlado de este otro. ¡Qué ganas tengo de causar una disputa entre ambos! Pero ahí viene. Al verlo tan serio uno pensaría que es un hombre de bien.

ESCENA TERCERA

LISIDAMO.- Es una solemne tontería, al menos eso es lo que opino yo, que un enamorado vaya al foro en el mismo día en que tiene a mano lo que ama, como hoy he hecho yo, como un tonto: he malgastado mi tiempo defendiendo a un pariente mío. ¡Por Hércules que me alegro de que haya perdido el juicio, para que así no me convoque hoy en vano! Pues tengo en mis mientes que el que convoca a un testigo debería primero preguntar e inquirir si el convocado tiene o no tiene buen ánimo. Si dice que no tiene, que mande a su desanimado testigo a su casa. Pero ahí veo a mi esposa delante de mi casa. ¡Ay, desdichado de mí! Me temo que no está sorda y que ha oído lo que he dicho.

CLEÓSTRATA.- (*Aparte*) Sí que lo he oído, por Cástor, para gran desgracia tuya.

LISIDAMO.- (*Aparte*) Me acercaré. (*A Cleóstrata*)
¿Qué haces, cariño mío?

CLEÓSTRATA.- Estaba esperándote, por Cástor.

LISIDAMO.- ¿Ya estás arreglada? ¿Ya has traído a
nuestra casa a la vecina, para que te ayude?

CLEÓSTRATA.- La he mandado llamar, como me mandaste, pero este amigo tuyo, tu mejor amigo, no sé por qué se ha enfadado con su esposa: cuando he ido a llamarla, dice que no puede enviarla.

LISIDAMO.- Culpa tuya es: eres poco zalamera.

CLEÓSTRATA.- No es oficio propio de mujeres casadas, sino de meretrices, convencer con zalamerías, marido mío, a otro hombre. Ve tú y mándala llamar. Yo, marido, quiero ir a comprobar dentro qué trabajo se ha hecho ya.

LISIDAMO.- Corre, pues.

CLEÓSTRATA.- Sí. (*Aparte*) Por Pólux que voy a darle ahora un buen susto: a este enamorado lo voy a hacer hoy muy desgraciado.

ESCENA CUARTA

ALCÉSIMO.- Voy a ver si regresa del foro el enamorado ese, el fantasma que se ha reído de mí y de mi esposa. Míralo, ahí está en la puerta de su casa. (*A Lisidamo*) Muy oportunamente me dirigía a verte.

LISIDAMO.- Y yo a ti. ¿Qué tienes que decirme, hombre de escaso precio? ¿Qué te ordené? ¿Qué te pedí?

ALCÉSIMO.- ¿Qué?

LISIDAMO.- ¡Qué bien me has vaciado tu casa y me has traído a tu mujer a la mía! ¿No estoy suficientemente perdido yo, y mi oportunidad, por tu culpa?

ALCÉSIMO. ¿Por qué no vas y te cuelgas? Tú me habías dicho que tu mujer iba a mandar llamar a la mía.

LISIDAMO.- Y en efecto dice que la mandó llamar y que tú dijiste que no ibas a enviarla.

ALCÉSIMO.- Pero, mira por donde, ella misma me dijo que no necesitaba su ayuda.

LISIDAMO.- Pero, mira por donde, ella misma me ha encargado que la mande a llamar.

ALCÉSIMO.- Pues, mira por donde, no lo voy a hacer.

LISIDAMO.- Pues, mira por donde, me matas.

ALCÉSIMO.- Pues, mira por donde, te está bien empleado, mira por dónde, ya he perdido mucho tiempo y quiero...

LISIDAMO.- ¿Qué?

ALCÉSIMO.- ...hacerte algo malo.

LISIDAMO.- Pues, mira por dónde, yo te lo haré con gusto. No vas a tener hoy más “mira por donde” que yo.

ALCÉSIMO.- ¡Por Hércules! Que los dioses te pierdan de una vez por todas.

LISIDAMO.- Bueno, ¿qué? ¿Vas a enviar a mi casa a tu mujer?

ALCÉSIMO.- Llévatela. Y llévalas a una mala cruz, a ésta con la otra y con esa amiguita tuya. Ahora, descuida que yo voy a ordenar a mi esposa que vaya a ver a la tuya por el jardín.

LISIDAMO.- Ahora sí que eres mi amigo de verdad. (*Se va Alcésimo*) ¿Con qué mal fario me enamoré? ¿O qué mal le he hecho yo a Venus, para que haya tantos obstáculos en el camino de un enamorado? ¡Diantres! ¿Qué significa ese griterío en mi casa?

ESCENA QUINTA

PARDALISCA.- (*Haciendo aspavientos*) ¡Estoy perdida, estoy perdida! ¡Muerta, muerta estoy por completo! Tengo el corazón muerto de miedo, mis pobres miembros me tiemblan, no sé dónde voy a conseguir o pedir auxilio, ayuda, refugio o salvación: he visto ahí dentro hacer de modo increíble cosas increíbles, un atrevimiento insólito y sin par. (*Hacia la puerta*) Cuidado, Cleóstrata, aléjate de ésa, te lo ruego, no sea que en su enfurecida ira te haga algún mal. Quitadle la espada, porque está fuera de sí.

LISIDAMO.- Pero, ¿qué pasa? ¿Cómo es que sale ésta fuera tan asustada y desmayada? ¡Eh, Pardalisca!

PARDALISCA.- (*Hace como que no lo ve*) Muerta estoy, pero, ¿de dónde llega este sonido a mis oídos?

LISIDAMO.- Mírame.

PARDALISCA.- Oh, señor mío.

LISIDAMO.- ¿Qué pasa? ¿De qué tienes miedo?

PARDALISCA.- Muerta estoy.

LISIDAMO.- ¿Por qué muerta estás?

PARDALISCA.- Muerta estoy y tú también.

LISIDAMO.- ¿Que estoy muerto? ¿Cómo es eso?

PARDALISCA.- ¡Ay de ti!

LISIDAMO.- ¡Ay de ti, más bien!

PARDALISCA.- Sostenme, por favor, para que no me caiga.

LISIDAMO.- Lo que quiera que sea, dímelo rápido.

PARDALISCA.- Sujétame por la cintura. Échame aire, por favor, con el manto.

LISIDAMO.- Tengo miedo de qué será el asunto ese, si es que ésta no se ha embriagado con la flor de Baco sin mezclar.

PARDALISCA.- Sujétame las orejas, por favor³¹.

LISIDAMO.- Vete de aquí a que te crucifiquen. Que los dioses te pierdan a ti con tu cintura, tu cabeza y tus orejas, pues si no me cuentas de una vez lo que pasa te voy a destrozar el cerebro, mala víbora, que te has estado riendo todo el tiempo.

³¹ Pardalisca está sacando el máximo partido cómico a la situación. La posición que sugiere a su amo es la típica para besarse.

PARDALISCA.- Mi señor...

LISIDAMO.- ¿Qué quieres, esclava mía?

PARDALISCA.- Estás demasiado furioso.

LISIDAMO.- Y más que voy a estarlo. Pero dime lo que ocurre, cuéntamelo en pocas palabras. ¿Qué jaleo ha habido ahí dentro?

PARDALISCA.- Ahora mismo lo sabrás. Presta atención. Algo malo, muy malo: tu esclava ha empezado a comportarse de una manera que no conviene al comportamiento ateniense.

LISIDAMO.- ¿De qué se trata?

PARDALISCA.- El miedo entorpece las palabras de mi lengua.

LISIDAMO.- ¿Puedo saber ya de qué se trata?

PARDALISCA.- Tu esclava, la que quieres casar con tu mayoral, ésa, ahí dentro...

LISIDAMO.- Ahí dentro, ¿qué? ¿Qué pasa?

PARDALISCA.- Está imitando el mal comportamiento de las malas mujeres, pues amenaza a su marido. Su vida...

LISIDAMO.- ¿Qué pasa con su vida?

PARDALISCA.- ¿Que qué pasa? Dice que quiere quitarle la vida. Una espada...

LISIDAMO.- (*Impaciente*) ¿Qué?

PARDALISCA.- Una espada.

LISIDAMO.- ¿Qué pasa con la espada?

PARDALISCA.- Que tiene una.

LISIDAMO.- Ay de mí, desdichado. ¿Y por qué la tiene?

PARDALISCA.- Está persiguiendo a todos por la casa y no deja que nadie se acerque a ella. Así todos están escondidos bajo los arcones y bajo las camas y no se atreven a levantar la voz de miedo que tienen.

LISIDAMO.- Estoy perdido y muerto. ¿Y cómo es que le ha entrado ese mal tan de repente?

PARDALISCA.- Se ha vuelto loca.

LISIDAMO.- Creo que soy el más desgraciado de los hombres.

PARDALISCA.- No hasta que sepas lo que ha dicho.

LISIDAMO.- Eso es lo que deseo saber. ¿Qué ha dicho?

PARDALISCA.- Escucha bien: ha jurado por todos los dioses y diosas que va a matar al que esta noche se acueste con ella.

LISIDAMO.- ¿Que me va a matar?

PARDALISCA.- ¿Y qué tiene que ver contigo?

LISIDAMO.- (*Aparte, dándose cuenta de su deslíz*)
¡Ahí va!

PARDALISCA.- ¿Qué negocio te traes con ella?

LISIDAMO.- Me he equivocado. Quise decir “a él”, a mi mayoral.

PARDALISCA. (*Aparte*) Te apartas del camino recto para escaparte por un sendero, listillo.

LISIDAMO.- A mí no me amenaza, ¿verdad?

PARDALISCA.- Contigo está más enfadada que con nadie.

LISIDAMO.- ¿Por qué?

PARDALISCA.- Porque la vas a casar con Olimpión, y dice que no va dejar que tu vida, la suya o la de su

marido continúen hasta mañana. Eso me han mandado decirte: que te cuides de ella.

LISIDAMO.- Estoy perdido, por Hércules, desgraciado de mí.

PARDALISCA.- (*Aparte*) Merecido lo tienes.

LISIDAMO.- (*Aparte*) Ni hay ni ha habido nunca un viejo enamorado tan desgraciado como yo.

PARDALISCA.- (*Aparte*) Con qué gracia me río de este, pues toda la historia que he contado es falsa: mi señora y ésta de aquí al lado han inventado este engaño y me han enviado aquí a que me ría de él.

LISIDAMO.- ¡Eh! Pardalisca.

PARDALISCA.- ¿Qué pasa?

LISIDAMO.- Hay algo que quiero que me digas.

PARDALISCA.- Me estás haciendo perder el tiempo.

LISIDAMO.- Y tú a mí los nervios. ¿Todavía tiene Cásina la espada?

PARDALISCA.- Tiene dos.

LISIDAMO.- ¿Y por qué dos?

PARDALISCA.- Con una dice que te va a matar a ti, con la otra al mayoral hoy mismo.

LISIDAMO.- Soy el más muerto de todos los que viven. Creo que lo mejor será que me ponga una armadura. ¿Y mi esposa? ¿No va y se la quita?

PARDALISCA.- Nadie se atreve a acercarse a ella.

LISIDAMO.- Que se lo ruegue.

PARDALISCA.- Se lo pide y ella dice que en modo alguno va a dejar la espada hasta que sepa que no la van a casar con el mayoral.

LISIDAMO.- Aunque no quiera, o mejor porque no quiere, se casará hoy mismo. ¿Pues por qué no voy a conseguir yo lo que he comenzado: que se case conmigo? Quería decir, con mi mayoral.

PARDALISCA.- Mucho te equivocas tú.

LISIDAMO.- El miedo entorpece mis palabras. Pero, por favor, dile a mi esposa que le ruegue que deje la espada, para que yo pueda entrar dentro.

PARDALISCA.- Se lo haré saber.

LISIDAMO.- Y tú pídeselo también.

PARDALISCA.- Yo se le pediré.

LISIDAMO.- Pero con buenas palabras, como acostumbrabas. Pero ¿me estás oyendo? Si lo consigues, yo te daré unas sandalias y un anillo de oro y muchas más cosas buenas.

PARDALISCA.- Lo procuraré.

LISIDAMO.- Trata de conseguirlo.

PARDALISCA.- Me voy ya, a no ser que quieras entretenerme más.

LISIDAMO.- Vete y haz lo que te he dicho. Pero ahí viene mi ayudante de hacer la compra. Trae toda una procesión.

ESCENA SEXTA

OLIMPIÓN.- (*Seguido de los cocineros*) Procura, ladrón, mantener tus espinas a raya³².

CITRIÓN.- ¿Y por qué las llamas espinas?

OLIMPIÓN.- Porque se llevan todo lo que tocan, y si tratas de arrebatarárselo, te desgarran. Adonde quiera

³² Se refiere probablemente a los pinches de cocina, que tenían reputación de ladrones, o a las manos del cocinero, que roban todo lo que pueden.

que vienen, donde quieran que están castigan con doble daño al dueño de la casa.

CITRIÓN.- ¡Venga ya!

OLIMPIÓN.- (*Viendo a Lisidamo*) ¡Vaya! Voy a echarme el manto a la manera elegante de un patricio y me dirigiré a mi amo.

LISIDAMO.- Salud, buen hombre.

OLIMPIÓN.- No te equivocas.

LISIDAMO.- ¿Qué pasa?

OLIMPIÓN.- Que tú estás enamorado y que yo tengo hambre y sed.

LISIDAMO.- Has hecho tu entrada bien preparado.

OLIMPIÓN.- Ah! Es que hoy... (*sigue caminando durante toda la escena*).

LISIDAMO.- Espera un momento, aunque tengas tantos humos.

OLIMPIÓN.- ¡Quita, quita! Te apesta el aliento.

LISIDAMO.- ¿Qué quieres decir?

OLIMPIÓN.- Esto es lo que quiero decir.

LISIDAMO.- ¿No te vas a estar quieto?

OLIMPIÓN.- De verdad. “¡You are fucking me up!”

LISIDAMO.- Eso es lo que voy a hacerte, “a very bad thing”, si no te detienes (*lo detiene*).

OLIMPIÓN.- “¡Oh, my God!”³³ ¿No te vas a alejar de mí? ¿O quieres que vomite?

LISIDAMO.- ¡Detente!

OLIMPIÓN.- (*Mira a Lisidamo con desprecio*) ¿Qué pasa? ¿Quién es este hombre?

LISIDAMO.- Soy tu amo.

OLIMPIÓN.- ¿Qué amo?

LISIDAMO.- El amo del que eres esclavo.

OLIMPIÓN.- ¿Esclavo yo?

LISIDAMO.- Esclavo mío.

OLIMPIÓN.- ¿No soy yo libre? Haz memoria, haz memoria.

³³ Traduzco en inglés lo que en el original está en griego.

LISIDAMO.- Detente y estate quieto.

OLIMPIÓN.- ¡Déjame!

LISIDAMO.- Soy tu esclavo.

OLIMPIÓN.- Eso está muy bien dicho.

LISIDAMO.- Te lo ruego, Olimpioncito, mi padre, mi patrono.

OLIMPIÓN.- ¡Ajá! Hablas con buen juicio.

LISIDAMO.- Soy tuyo en verdad.

OLIMPIÓN.- ¿Y para qué quiero yo un esclavo tan inepto?

LISIDAMO.- Bueno, ¿qué? ¿A qué esperas para revivificarme?

OLIMPIÓN.- A que la cena esté preparada.

LISIDAMO.- Que vayan dentro, pues.

OLIMPIÓN.- (*A los cocineros*) Rápido, id dentro y daos mucha prisa. Ya mismo estaré yo allí. Preparadme una buena cena con mucho vino. Pero una cena con elegancia y refinamiento: no me gustan a mí las espinacas que comen los romanos.

LISIDAMO.- ¿Te quedas aquí? Vete dentro, si quieres.
Yo me quedo aquí.

OLIMPIÓN.- ¿Hay alguna cosa que te detenga?

LISIDAMO.- Pardalisca dice que Cásina tiene una espada ahí dentro con la que nos va a matar a ti y a mí.

OLIMPIÓN.- Ya veo. Déjala. Se están entreteniendo. Ya sé yo cómo se las gastan las mujeres. Tú entra conmigo en casa.

LISIDAMO.- Pero, por Pólux, tengo miedo de que pase algo malo. Ve tú y averigua primero lo que pasa dentro.

OLIMPIÓN.- Yo aprecio mi vida tanto como tú la tuya.
Así que ve tú.

LISIDAMO.- Si insistes, iré, pero contigo (*Entran*).

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

PARDALISCA.- No creo, por Pólux, que haya habido nunca en Nemea o en Olimpia juegos más festivos que las entretenidas burlas que hacen ahí dentro a nuestro viejo y a nuestro mayoral Olimpión. Todos corren por toda la casa; el viejo grita en la cocina: “¡Es para hoy! ¿Es que no me vais a dar nada? Daos prisa que ya debería estar la cena preparada”. El mayoral se pasea con su corona, vestido de blanco, limpio y arreglado. Las otras dos están engalanando al escudero en la habitación, para entregarlo en lugar de Cásina a nuestro mayoral. Pero lo disimulan con gran arte, como si no supieran lo que va a pasar. Los cocineros también se afanan con maña para que el viejo no cene esta noche: vuelcan cacerolas, apagan el fuego con agua. Obedecen las órdenes de aquéllas, pues quieren echar al viejo de la casa sin cenar, para llenarse ellas solas la panza. Conozco yo bien a esas glotonas: podrían comerse un barco de comida. Pero se abre la puerta...

ESCENA SEGUNDA

LISIDAMO.- Si seguís mi consejo, esposa, al menos cenaréis vosotras cuando la cena esté lista. Yo cenaré en el campo, pues quiero acompañar allí a los recién casados. Sé que hay maleantes por los caminos y no quiero que la rapten. Que os divirtáis. Pero daos prisa y mandad a la pareja fuera para que lleguemos allí de día. Mañana estaré aquí. Mañana celebraré yo, esposa, el banquete.

PARDALISCA.- (*Aparte*) Ha ocurrido lo que dije que pasaría: las mujeres han echado al viejo sin cenar.

LISIDAMO.- ¿Qué haces tú aquí?

PARDALISCA.- Voy a hacerle un recado a mi señora.

LISIDAMO.- ¿De verdad?

PARDALISCA.- En serio.

LISIDAMO.- ¿Por qué me estás espiando?

PARDALISCA.- Yo no estoy espiando.

LISIDAMO.- Ve dentro. Estás aquí holgazaneando mientras los demás están ocupados dentro.

PARDALISCA.- Voy.

LISIDAMO.- Vete ya de aquí, por favor, arpía. ¿Ya se ha ido? Ahora puedo hablar tranquilo. El que está enamorado, por Hércules, no tiene hambre aunque tenga hambre. Pero aquí viene con la corona y la antorcha mi aliado, mi cómplice, mi mayoral con-marido.

ESCENA TERCERA

OLIMPIÓN.- Venga, flautista³⁴, mientras sacan a la novia llena tú la plaza con la dulce melodía de mi canto nupcial: “¡Oh, Himen Himeneo! ¡Oh, Himen!”³⁵.

LISIDAMO.- ¿Qué haces, mi bien?

OLIMPIÓN.- Tener hambre, por Hércules, y no por mi bien.

LISIDAMO.- Y yo estar enamorado.

OLIMPIÓN.- ¿Y a mí qué, por Hércules? Tú tienes amor en lugar de comida, pero a mí hace tiempo me resuenan las tripas en ayunas.

LISIDAMO.- ¿Pero por qué se demoran dentro esas tardonas? Parece que lo hacen a propósito: cuanto más prisa tengo, menos avanza la cosa.

³⁴ Se dirige al flautista encargado del acompañamiento musical de la obra.

³⁵ Canto nupcial griego.

OLIMPIÓN.- ¿Y si entono el Himeneo para que salgan más rápido?

LISIDAMO.- Me parece bien. Y yo te ayudaré en nuestras bodas comunes.

LISIDAMO Y OLIMPIÓN.- “¡Oh, Himen Himeneo!”

LISIDAMO.- Por Hércules, estoy perdido, desgraciado de mí: ya puedo yo cansarme de cantar el himeneo, que no me cansaré con la otra “enfermedad” con la que quiero.

OLIMPIÓN.- ¡Anda ya, por Pólux! Si fueras un caballo serías indomable.

LISIDAMO.- ¿Cómo es eso?

OLIMPIÓN.- Eres demasiado bravío.

LISIDAMO.- ¿Me has montado alguna vez?

OLIMPIÓN.- No lo quieran los dioses. Pero, ha crujido la puerta. Ahí sale.

LISIDAMO.- Los dioses quieren mi salvación.

PARDALISCA.- (*Asomando la cabeza se dirige al público*) Ya se huele a Cásino desde lejos.

ESCENA CUARTA

PARDALISCA.- (*A Calino, disfrazado de novia*) Levanta los pies con cuidado por encima del umbral, novia: empieza este camino con buen paso. Procura estar siempre por encima de tu marido, que tu autoridad sea mayor, que venzas a tu marido y seas vencedora. Que tu palabra y tu poderío prevalezcan siempre. Que tu marido te vista y tú lo expolies. Acuérdate de ser siempre ladina, de día y de noche, con tu marido.

OLIMPIÓN.- Se la va a ganar, como se pase este poquito.

LISIDAMO.- Calla.

OLIMPIÓN.- No me callo. ¿Por qué he de callarme? La pérfida le está enseñando maldades a una que ya es mala.

LISIDAMO.- Vas a estropear lo que he preparado. Eso es lo que quieren: que lo echemos todo a perder.

PARDALISCA.- Venga, Olimpión, cuando quieras, recibe a tu esposa de nuestras manos.

OLIMPIÓN.- Si me la vais a dar, dádmela ya.

LISIDAMO.- Marchaos dentro.

PARDALISCA.- Trátala con delicadeza, pues es doncella e inexperta.

OLIMPIÓN.- Así se hará.

PARDALISCA.- Salud.

OLIMPIÓN.- Marchaos ya.

LISIDAMO.- Marchaos.

PARDALISCA.- Salud, pues. *(Se marchan).*

LISIDAMO.- ¿Se ha ido ya mi esposa?

OLIMPIÓN.- Está en casa. Pierde cuidado.

LISIDAMO.- ¡Hurra! ¡Ahora por fin soy libre, por Pólux!
Corazoncito mío, mielecita mía, mi primavera.

OLIMPIÓN.- Eh, tú. Te la estás buscando. Ésta es mía.

LISIDAMO.- Ya lo sé, pero los primeros frutos son míos.

OLIMPIÓN.- Ten la lámpara.

LISIDAMO.- Mejor tendré a ésta. Poderosa Venus, me
has dado muchos bienes al ponerla entre mis brazos.

OLIMPIÓN.- *(Tratando de abrazar a la novia)* ¡O, cuerpecito, manzanita, pequeña esposa mía! *(Dando saltos)*
¿Qué significa esto?

LISIDAMO.- ¿Qué pasa?

OLIMPIÓN.- Me ha dado un pisotón como una elefanta.

LISIDAMO.- Cállate, haz el favor. Ni la niebla es tan etérea como ella y su pecho.

OLIMPIÓN.- (*Vuelve de nuevo a abrazarla*) ¡Por Pólux! ¡Qué tetita más bonita! (*Sale despedido*) ¡Ay, pobre de mí!

LISIDAMO.- ¿Qué pasa?

OLIMPIÓN.- Me ha dado un golpe en el pecho, no con el codo, sino con un ariete.

LISIDAMO.- ¿Pero por qué la tratas con tanta falta de delicadeza? A mí, sin embargo, que la trato bien, no me ataca. ¡Ay!

OLIMPIÓN.- ¿Qué te ocurre?

LISIDAMO.- ¡Qué brava es! Casi me tira con el codo.

OLIMPIÓN.- Es que quiere que se la tiren.

LISIDAMO.- ¿A qué esperamos, pues? Vamos, hermosa mía.
(*Entran en casa de Alcésimo*).

ACTO V

ESCENA PRIMERA

MÍRRINA.- Después de haber pasado un buen rato dentro, salimos ahora a la calle para ver estas celebraciones nupciales. Nunca, por Cástor, me he reído igual que hoy y no creo que me vaya a reír nunca así en lo que me queda de vida.

PARDALISCA.- Me muero por saber qué anda haciendo Calino, el “recién casado”, con su nuevo marido.

MÍRRINA.- Nunca poeta alguno ideó un engaño más astuto que el que nosotras hemos pergeñado con tanta maestría.

CLEÓSTRATA.- Quisiera ver salir con la boca partida a ese viejo, el peor de todos cuantos viven, si es que no consideras peor al que le proporciona el lugar para su adulterio. Quiero que te pongas en guardia, Pardalisca, para que te mofes del primero que salga.

PARDALISCA.- Gustosa lo haré, como tengo por costumbre.

CLEÓSTRATA.- Mira desde aquí todo lo que hacen dentro. Detrás de mí, por favor.

MÍRRINA.- Y desde allí puedes decir libremente todo lo que te venga en gana.

CLEÓSTRATA.- Calla. Ha rechinado tu puerta.

ESCENA SEGUNDA

OLIMPIÓN.- No sé a dónde huir, no sé dónde esconderme, ni dónde ocultar mi deshonra: tanto es el escarnio con el que mi amo y yo hemos sido vencidos en nuestras bodas; tanta es la vergüenza, tanto el miedo, y tanto el ridículo en que estamos los dos. Pero yo, insensato, hago ahora lo que no he hecho nunca: se avergüenza el que nunca tuvo vergüenza. (*Al público*) Prestad atención mientras relato mis actos: merece la pena prestar oído, tan ridículas son de oír y repetir las confusiones que he tenido ahí dentro. Cuando llevé dentro de la casa a la recién casada, la conduje derecho a la alcoba. Sin embargo, allí todo estaba tan oscuro como en un pozo. Como todavía el viejo no está, le digo “ponte cómoda”. La coloco bien, le pongo una almohada, la acaricio, le digo cositas, para consumir yo mi matrimonio antes que el viejo. Sin embargo, me cuesta empezar, porque estoy pendiente en todo

momento de que el viejo aparezca. Al principio, para animar la cosa, le pido un beso. Me empuja con la mano y no me deja ni siquiera darle un beso. Y ya cada vez me acelero más, cada vez tengo más ganas de tirarme sobre Cásina, deseo adelantarme al anciano. Cierro la puerta para que no me pille el viejo.

CLEÓSTRATA.- (*A Pardalisca*) Anda, ve y acércate a él.

PARDALISCA.- Oye, ¿dónde está tu esposa?

OLIMPIÓN.- (*Aparte*) Estoy perdido, por Hércules. Ya se sabe el asunto.

PARDALISCA.- Tienes que contarnos todo con detalle. ¿Qué pasa dentro? ¿Qué tal le va a Cásina? ¿Se deja hacer?

OLIMPIÓN.- Me da vergüenza decirlo.

PARDALISCA.- Cuéntalo con detalle, como habías empezado.

OLIMPIÓN.- Me da vergüenza, por Hércules.

PARDALISCA.- Anda, sé valiente. Quiero saber lo que pasó después de que te acostaste.

OLIMPIÓN.- Es una deshonra...

PARDALISCA.- Así se cuidarán de no hacerlo los que lo oigan.

OLIMPIÓN.- ...y bien grande³⁶.

PARDALISCA.- Me matas de la curiosidad.

OLIMPIÓN.- Por debajo... hacia delante...

PARDALISCA.- ¿Qué?

OLIMPIÓN.- ¡Ah!

PARDALISCA.- ¿Qué?

OLIMPIÓN.- ¡Ah!

PARDALISCA.- ¿Había algo?

OLIMPIÓN.- Y era bien grande. Temí entonces que tuviera una espada y mientras busco a ver si la tiene, echo mano de la empuñadura. Pero lo pienso mejor y no es una espada, porque habría estado fría...

PARDALISCA.- Continúa.

OLIMPIÓN.- Pero es que me da vergüenza.

³⁶ A partir de aquí hay muchas lagunas en el texto y se entienden mal los detalles, aunque no el sentido general. Señalo en cursiva las partes que restituí en la traducción.

PARDALISCA.- ¿Acaso era un nabo?

OLIMPIÓN.- No, no lo era.

PARDALISCA.- ¿Un pepino, entonces?

OLIMPIÓN.- Ya está bien, por Hércules, no era ninguna hortaliza y, si lo era, no le había afectado plaga alguna, porque lo que quiera que fuera era así de grande.

PARDALISCA.- ¿Qué ocurrió por fin? Habla claro.

OLIMPIÓN.- Entonces la llamo y le digo: “Cásina, por favor, mujercita mía: ¿por qué desprecias así a tu marido? Lo que me haces no me lo merezco, pues te he deseado con todas mis fuerzas”. Ella no dice ni palabra y se tapa con el vestido aquello por donde sois mujeres. En cuanto veo que se cierra esa puerta, le pido que me deje ir por la otra. Le pido que se dé la vuelta, y *ella me da un codazo*. Me levanto *para dominarla mejor* y *ella me vuelve a zurrar*.

PARDALISCA.- ¡Con qué gracia lo cuenta! *Sigue, sigue*.

OLIMPIÓN.- *Por fin consigo darle un beso* y me pinchan los labios unas barbas que parecían cerdas. Sigo de rodillas, como estaba, y me golpea el pecho con los pies. Me caigo de la cama de cabeza. Se

levanta de un salto y me golpea en la boca. Salgo huyendo fuera sin decir palabra con esta pinta que estás viendo, para que el viejo beba del mismo cáliz que yo he bebido.

PARDALISCA.- Muy bien hecho. Pero ¿dónde está tu manto?

OLIMPIÓN.- Lo he dejado ahí dentro.

PARDALISCA.- ¿Os han tomado bien el pelo?

OLIMPIÓN.- Bien merecido lo tenemos. Pero, ha rechinado la puerta. ¿Será ella, que me persigue?

ESCENA TERCERA

LISIDAMO.- Me quema este escarnio tan grande, no sé que hacer en estos momentos, no puedo volver a mirar a los ojos a mi esposa. Estoy perdido. Mi desvergüenza es manifiesta: muerto estoy irremisiblemente. Ya me tienen bien cogido por el pescuezo. No sé de qué manera voy a disculparme ante mi esposa. He perdido *mi bastón* y mi manto. Creo que lo mejor será esconderme, o, mejor, iré dentro, junto a mi esposa, le presentaré mi espalda, para que tome venganza de mi afrenta. (*A los espectadores*) ¿O habría

alguien dispuesto a representar este papel en mi lugar? No sé que hacer: puedo imitar a los malos esclavos y huir de mi casa. Pues no habrá salvación para mi espalda si vuelvo a casa. Os parecerá que estoy diciendo tonterías, pero, aunque lo merezco, no quiero que me apaleen, por Hércules. Me voy ya huyendo por este camino.

CALINO.- ¡Eh! Detente, marica.

LISIDAMO.- ¡Muerto estoy! Me está llamando. Me iré, como si no lo oyera.

CALINO.- ¿Dónde vas tú, tratando de imitar las costumbres de los afeminados marseleses? Si quieres acostarte conmigo, ahora es tu oportunidad. Vuelve a la habitación, por favor. Estás perdido, por Hércules, venga, acércate ya. (*Blandiendo el bastón*) Tendré que echar mano de un juez que te dé tu merecido sin necesidad de ir a los juzgados.

LISIDAMO.- ¡Estoy perdido! Ese tío me va a desollar con el bastón. Me tengo que ir por aquí, porque por el otro lado voy derecho a que me rompan los lomos....

CLEÓSTRATA.- Salud, donjuán.

LISIDAMO.- ...y por este lado voy derecho a mi esposa. Estoy entre la espada y la pared y no sé por dónde huir. A un lado están los lobos, a otro los perros. El aullido del lobo se las gasta con un palo. Cambiaré el viejo refrán e iré por este lado: espero que el ladrido del perro sea mejor.

MÍRRINA.- ¿Qué tal, marido por partida doble?

CLEÓSTRATA.- Esposo mío, ¿de dónde vienes con esa pinta? ¿Qué has hecho con tu bastón y dónde has dejado tu manto?

MÍRRINA.- Creo que los ha perdido mientras cometía adulterio, mientras trataba de ponerte los cuernos con nuestra Cásina.

LISIDAMO.- Estoy perdido.

CALINO.- ¿Es que no nos vamos a acostar? Soy tu Cásina.

LISIDAMO.- Ve a que te crucifiquen.

CALINO.- ¿Es que ya no me quieres?

CLEÓSTRATA.- Respóndeme: ¿qué ha ocurrido con tu manto?

LISIDAMO.- Han sido las Bacantes, esposa, por Hércules.

MÍRRINA.- Sabe que está diciendo tonterías, pues ya no se celebran las fiestas de las Bacanales³⁷.

LISIDAMO.- Se me había olvidado. Y sin embargo, las Bacantes...

CLEÓSTRATA.- ¿Qué pasa con las Bacantes?

LISIDAMO.- Si eso no puede ser...

CLEÓSTRATA.- Por Cástor, estás asustado.

LISIDAMO.- ¿Yo? Por Hércules, mientes.

CLEÓSTRATA.- Pues estás muy pálido.

LISIDAMO.- *¿Y por qué iba a estar pálido?*

CLEÓSTRATA.- *¿Y aún me lo preguntas? Sé todo lo que ha pasado.*

LISIDAMO.- *¡Ay! Esposa mía. Me proponía acompañar tan contento al campo a los recién casados, cuando este Olimpión, impaciente, entra en la casa de al lado para consumar aquí mismo su matrimonio. En esto oigo un tremendo ruido y gritos, entro en la casa, abro la puerta y ¡qué veo! No es Cásina,*

³⁷ Se prohibieron en el año 186 a. C.

sino CÁSINO. Éste, descubierto, me persigue, me quita el manto y el bastón y quiere pegarme.

OLIMPIÓN.- Y a mí también el desgraciado me ha hecho famoso con este escarnio.

LISIDAMO.- ¿No te vas a callar?

OLIMPIÓN.- No me voy a callar, por Hércules, sino que voy a contar la verdad: tú me pediste que pidiera la mano de Cásina porque estabas enamorado de ella.

LISIDAMO.- ¿Que yo hice eso?

OLIMPIÓN.- Tú no, Héctor el de Troya.

LISIDAMO.- Ése te habría aplastado, para empezar. ¿Hice yo lo que decís?

CLEÓSTRATA.- ¿Y todavía lo preguntas?

LISIDAMO.- Si es que lo hice, por Hércules, hice muy mal.

CLEÓSTRATA.- Vuelve dentro de la casa, que yo te recordaré lo que ha pasado si te falla la memoria.

LISIDAMO.- Por Hércules, que me creo más lo que vosotras decís. Pero, esposa, perdona a tu marido.

Mírrina, pídeselo a Cleóstrata. Si de aquí en adelante le hago el amor a Cásina, o lo intento este poquito, si admito tal cosa alguna vez, no hay razón, esposa, para que no me cuelgues y me azotes con varas.

MÍRRINA.- Creo, por Cástor, que hay que perdonarle esta vez.

CLEÓSTRATA.- Haré como me mandas. Me apresuro a perdonarte para no hacer más larga esta comedia, que ya lo es en exceso.

LISIDAMO.- ¿No estás enfadada?

CLEÓSTRATA.- No estoy enfadada.

LISIDAMO.- ¿Puedo confiar en tu palabra?

CLEÓSTRATA.- Claro que puedes.

LISIDAMO.- Nadie tiene una mujer más encantadora que la mía.

CLEÓSTRATA.- (*A Calino*) Tú, venga, devuélvele el bastón y el manto.

CALINO.- Ten, si te place.

A mí, por Pólux, se me ha hecho una gran afrenta: me casé con dos y ninguno me hizo lo que se hace a las

recién casadas. Espectadores, os voy a contar lo que va a pasar dentro. Se descubrirá que Cásina es la hija del vecino de aquí al lado y se casará con Eutinico, el hijo de nuestro amo. Ahora es justo que vosotros nos deis con vuestras manos la recompensa que merecemos. El que así lo haga, disfrute siempre, a escondidas de su esposa, de su fulana favorita. Pero el que no aplauda con todas sus fuerzas para que se oiga bien, que en vez de con una fulana se acueste con un macho cabrío perfumado con agua sucia de fregar³⁸.

³⁸ La alusión a su propio travestismo es clara. Nótese que el mal olor del macho cabrío era proverbial.

